

Año VII ■ No. 77
BUENOS AIRES
OCTUBRE DE 1945



"EL REGALO", POR GIANNI VAGNETTI - (ROMA, COLECCIÓN OPPO).

Historium

REVISTA
MENSUAL
ILUSTRADA
DE CULTURA

PRECIO \$ 1.—

(I S T O N I O)



Dirección y Administración:

PARANA 464 BUENOS AIRES
U. T. 35, LIBERTAD 4041

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Capital e Interior \$ 10.— m/n.

Registro Nacional de Propiedad
Intelectual Nº 192.998

CORREO ARGENTINO

Franqueo pagado
Conces. Nº 804

Tarifa Reducida
Conces. Nº 953

HISTONIUM

circula en todo el país y en toda Sud América

REPRESENTANTES
EN EL EXTERIOR:

BOLIVIA: Juan Paz Rojas
Yanacocha 464
La Paz

Suscripción anual
\$ 10 m/n. Arg.

BRASIL: João Castaldi
Rua dos Andradas 47 - Tel. 4-2205
Suscripción anual Sao Paulo
50 Cruzeiros

CHILE: Pedro Ceci
Casilla 1779 - Fono 52279
Suscripción anual Santiago
m\$ 100.—

PARAGUAY: A. Costagliola
Humaitá 102
Suscripción anual Asunción
8 Guaraníes

PERU: Fausto Piaggio, S. A.
Colmena 383
Suscripción anual Lima
\$ 10 m/n. Arg.

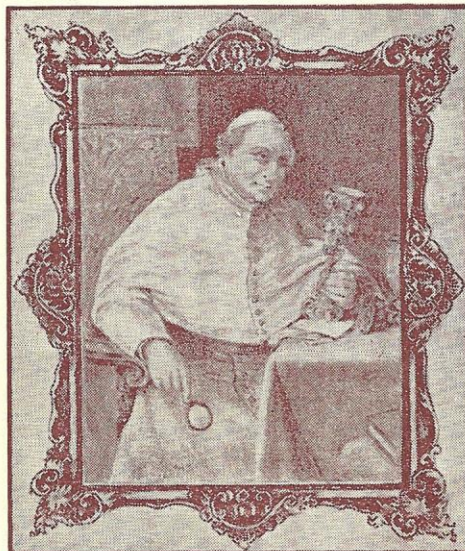
URUGUAY: Santiago Cogorno
Av. Savago 955
Suscripción anual Montevideo
\$ 5.—

Representantes y
Agentes en todas
las ciudades y
pueblos del interior

Distribuidor para la venta
en la Capital Federal:
FRANCISCO CAVALLO

Sumario

	PÁG.
<i>Las llaves del Apocalipsis</i> (editorial), P. Girosi	653
<i>Rivadavia y Mitre</i> , R. Levene	655
<i>Abogados en taparrabos</i> , J. A. Güemes ...	658
<i>Partida de Colón para su primer viaje</i> ...	660
<i>Marinos italianos al servicio de España</i> , I. Weiss	661
<i>El origen de la bomba atómica</i> , Dr. R. Caballero	666
<i>Letras</i> , J. Corradini	671
<i>Recordando a Domenico Scarlatti</i> , J. F. Giacobbe	678
<i>Desfile</i> , M. Albano	680
<i>Elogio del bandoneón</i> , J. Aramburu	681
<i>Desaparece, con Pío Collivadino, un símbolo de la pintura nacional</i>	683
<i>María Teresa</i> , J. Spina	689
<i>Colegio Nacional de Buenos Aires</i> , J. A. Vilardi	692
<i>Flores de Pierre Charpentier</i> , J. S.	694
<i>Existencia y dinamismo del teatro independiente</i> , B. M. Porto	695
<i>Las sobremesas del Viejo Doctor</i> , A. G. Mardruzzo	699
<i>Notas bibliográficas</i>	701
<i>Teatro y Cine</i> , El Duende	707
<i>Frente al dial</i> , R. de Montemayor	712
<i>Día de Difuntos</i> , S. Poletti	712
<i>A solas</i> , Syria	716
<i>De todo un poco y para todos</i> , Gilliat ...	718



“El Coleccionista”

“La Casa de Antigüedades”

Mi amplia y selecta colección de Antigüedades y Obras de Arte le ofrece la oportunidad para obsequiar piezas de alto valor artístico, como también completar el adorno de su residencia particular o veraniega.

RECORDANDO A DOMENICO SCARLATTI

en el 260º aniversario de su nacimiento

por Juan Francisco Giacobbe

HACE diez años, cuando debió celebrarse el aniversario de los dos siglos y medio de su gloria, nadie habló de él. Las celebraciones —oficiales, particulares y universales— fueron todas acaparadas y agotadas en la memoración del nacimiento de Juan S. Bach y de Federico Haendel que, como él, habían nacido en ese año señalado del arte de 1685, y con los cuales forma la trinidad más excelsa en el género del clave; pero para él no hubo una palabra, un recuerdo que lo situara al lado de aquellos dos grandes genios representativos del arte musical alemán, y el silencio más denso se hizo sobre su figura. A veces, como en tal caso, la injusticia humana es tan sórdidamente organizada que ni merece que se repare en ella. Ahora, en el 260 aniversario de su nacimiento, nos ocuparemos, con aquella sumariadad que tiene todo lo informativo, de su figura. Figura a la cual adeuda el mundo del Mediterráneo la expresión más nueva, diamantina, arrogante y azarosa a la vez, que la música del clave haya tenido hasta su aparición.

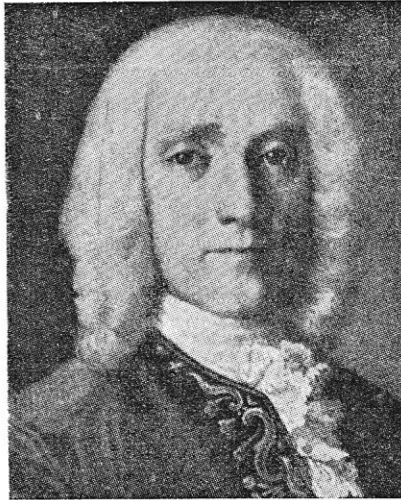
Cuando Domenico Scarlatti nace, en octubre, en aquella vibrante Nápoles setecentista, su padre, Alejandro Scarlatti, era ya un músico célebre.

Entraba al mundo, por lo tanto, bajo el signo y el augurio de la música.

La casa de Alejandro Scarlatti, en Roma y luego en Nápoles, era el lugar de cita de los más grandes maestros existentes, y la música era allí un elemento tan indispensable como el aire y la luz.

Alejandro Scarlatti traía desde su Sicilia milenaria y ardorosa toda una herencia de lirismo y de creación musical, que se enraizaba, por una parte, con la belleza serena y arquitectural de la civilización dórica, por otra con las exóticas influencias musulmanas, catalanas y normandas y, por último, con la voz misma de la tierra, llena de rebelión y de empuje, de libertad y de encanto.

Cuando llega a la Península, grandes revoluciones espirituales se están cumpliendo en el arte de la música: el arte instrumental ha encontrado a su Hacedor en la figura de Arcángel Corelli y una nueva fuerza impulsa a que el alma musical se explaye en un módulo y un sentir diverso del que alimentaba la savia del canto litúrgico y del canto dramático. Alejandro Scarlatti, con aquella intuición de compendiador y de recreador que lo asistió durante toda su vida, y con aquella capacidad de captación plural y sorprendente, sintió sin duda que en el núcleo de su destino confluían por



Especial para "Histonium"

igual la tradición y el futuro y se dió en satisfacer a ambos.

Sigue por una parte la senda antigua y tradicional de Carissimi, último baluarte del canto romano y, con ello, mantiene en pie las grandes formas del oratorio y la cantata, mientras hace vivir con vida nueva la sensibilidad eternamente presente de la Misa; sigue, por otra parte, las características innovadoras del teatro de Cavalli y aborda la forma evolutiva y cambian-

te del teatro lírico, mientras se dedica a los secretos de las nuevas formas instrumentales.

Y en todos los géneros deja su sello de inmortalidad y de canto. Una inmortalidad y un canto de una fecundidad tan pasmosa que toca el límite de lo inverosímil. Escribió nada menos que: ciento veinticinco óperas y seiscientas cantatas, amén de una cantidad inmensa de oratorios, misas, conciertos y sonatas.

Su sabiduría artística era prodigiosa. El compositor alemán Hasse, que fué su discípulo y que tanto influyó el sentir melódico alemán, decía de él al historiador inglés Burney: "Scarlatti es el primer armonista de Italia, que es como decir del mundo".

Su gravitación en el desarrollo de las formas musicales es admirable: él es el que fija el tipo de la obertura clásica haciendo evolucionar el plan formal de Lulli que componía la obertura haciendo figurar un allegro entre dos tiempos lentos, mientras A. Scarlatti cumple un llamado del espíritu, haciendo reposar un movimiento lento entre dos vivos; él es el que transforma el recitativo a secco en el recitativo obligado; él es el que dió estructura tonal y orquestal al tipo de ópera que adoptarán Gluck y Mozart y él también, es el que desarrolló las características danzantes del balletto.

De tal padre nace Domenico Scarlatti. Y, de un hombre como aquél, creador de una escuela tan prodigiosa como la escuela napolitana, de un hombre para quien hasta el pan debía tener sabor a música, no podía nacer sino un prodigio renovador y luminoso como Domenico Scarlatti; compositor chispeante y diamantino, estelar e inagotable como una surgente milagrosa. El cual, por una de esas bellas concordancias de la historia, nace, como ya hemos dicho, en el mismo año de Bach y Haendel.

Desde niño estudió con su padre, que fué maestro de generaciones enteras y, más tarde, estudia con Gasparini y es muy probable, también, que estudiara con aquel gran sucesor de las innovaciones de Frescobaldi y de Michelangelo Rossi que era Pasquini; probabilidad que

adquiere visos de certidumbre cuando se ve más tarde que las raíces del arte de Domenico tienen aquí y allá algunos encuentros estilísticos con el arte de Pasquini. Desde niño fué, sin invención ni cuento, un prodigio, y ya en la adolescencia comienza su carrera deslumbradora.

Fué, más que Mozart, el músico de las reinas, de las princesas y los ambientes aristocráticos del 1700, y conoció el merecido placer de llegar a los puestos más deseados y eminentes.

Músico de la reina de Polonia (1710-1715); músico en la corte del cardenal Ottoboni, la cual era un verdadero vivero de artistas únicos en el mundo y a veces en la historia, y en donde sostuvo una justa artística con Haendel a quien venció en el dominio del teclado y por quien fué superado en el dominio del órgano; músico de la capilla de San Pedro en Roma, desde 1715, con una dedicación a la música sagrada. Y después de cuatro años en el templo máximo del orbe cristiano, como todos los artistas italianos de entonces, que aclamados por la fama universal eran reclamados desde todos los horizontes, Domenico, deja Roma por Londres y triunfa en el género de la ópera y del clave. Pero sólo se queda dos años.

Poseído por una celeridad de meteoro alucinante (que llena de una incomparable belleza astral el secreto de su arte) va de capital en capital, deslumbrando con la magia de su ejecución y enseñando con su prodigiosa organización pedagógica.

En 1721, es recibo con honores inusitados por el rey de Portugal y se convierte, por unos años, en el maestro de las princesas, título que, en sentido poemático y en una ideal evocación augusta, convendría, más que ningún otro, al genio de incontaminada jerarquía de Scarlatti.

Vuelve después a Nápoles, en donde Hasse, el tedesco italianizante, lo corona de admiración. Luego de permanecer cuatro años en la ciudad de los mil cantos multiseculares y futuros de Parténope, en esa ciudad donde todas las edades del buen recuerdo y de la buena esperanza resuenan en la voz mítica de cristal y agua de la Sirena adormecida en el corazón mismo del Golfo, es llamado también por una princesa, la de Asturias. Scarlatti va a Madrid y quedase allí casi veinte años.

Y en Madrid ejecuta en la cámara real, enseña en la cámara de la princesa y edita el venero jocundo y sensible de sus sonatas.

Tal vez ninguna voz de la alegría española, del júbilo brillante e incontenible español, haya tenido más fulgencia de oro, más trinos de amaneceres dichosos y más audacia, gracejo y compensación a la vez, que esas invenciones de Scarlatti, que ora tienen la meditación atractiva de las aguas frescas, ora el color emocionado de los vuelos en los atardeceres felices, ora el perfume misterioso y profundo que baja con el viento desde las serranías azules, pero que tienen más que todo, vibración saludable de trigales en la luz y la perfección certera del sol en su fin de dador y coordinador de vida.

Y en orden de perfección, de perfección en la materia técnica del arte y en el equilibrio de los juegos divinos del espíritu en la obra, Scarlatti no puede ser

comparado sino a Horacio. A él convienen, como a ningún otro músico puro, los versos que en su Epístola a Horacio dedica Menéndez y Pelayo cuando dice:

La belleza eres tú; tú la encarnaste
como nadie en el mundo la ha encarnado.

Y nada mejor se aviene en este paralelismo de creación entre el Pullés que inmortalizó las grandezas de Roma y el Napolitano cristiano, que aquellos versos en los cuales refiriéndose al poder de síntesis y al don de armonía formal (poder y don de los cuales tanto el Poeta como el Músico son dueños absolutos), se dice con irrefutable justicia:

Todo, rey de la lira, lo abarcaste,
Pusiste en todo la medida tuya,
El ne quid nimis ¡sobriedad eterna!
La concisión, secreto de tu númen.

Palabras, que si bien refiriéndose a Horacio (a quienes muchos nombran y pocos conocen) pueden, por tratarse de un dictado de la fama, no ser discutidas, es posible que, tratándose de Scarlatti (a quienes pocos nombran y a quien casi todos le desconocen su posición histórica) sean tomadas como regalo de admiración y

como ofrecimiento gratuito de una sobreestimación censurable. Pero allí está el juicio de un hombre de muy amarga entraña y de una avaricia de elogios sin cuento, de Felipe Pedrell, que viene a corroborar el merecimiento de la cita expuesta, cuando nos dice, hablando del tipo de sonata de Scarlatti que: "nadie negará ciertamente que puso en ella todos los elementos de substancia y de forma que, por desdoblamiento sucesivo, habían de parar en la Sonata a cuatro tiempos de Beethoven".

Y es que el arte de Domenico Scarlatti es toda la perfección y toda la belleza de un determinado período de la humanidad.

Por gracia de ese arte, el teclado recibe la prueba de fuego definitiva para entrar en la nueva substancia del piano. Todo lo que es posible en la técnica, y lo que es posible en la gimnasia que entraña el dominio del teclado, lo aborda y lo resuelve Scarlatti. Todo lo que es posible en el campo de la invención, de la conformación y de la combinación lo realiza y lo lanza hacia el futuro, este concertista sin crepúsculo, este cantor sin desfallecimientos, este constructor sin fallas.

La posición estética de muchos genios futuros ya está en él.

La chispa de Mozart; la armonía dramática de Beethoven; la armonía romántica y sensitiva de Chopin; el malabarismo de Liszt.

Cada obra suya encierra un mundo de sugerencias reducido a lo mínimo musical. El suyo es un arte sintético y comprimido, minúsculo y microscópico a veces, pero dentro de esa pequeñez corporal y temporal, la esencia lírica se explaya sin límites, y el sentimiento fluye y refluye como la expansión ilimitable de la luz y del deseo, siendo también el más perfecto sugeridor de la alegría verdadera; de aquella alegría que sabe reír sin resentimientos y sin sospechas: la alegría perfecta, en la cual se enraza el motivo total del goce y desde donde surge, como desde una fuente sin noche, el chorro explosivo de la felicidad.



Por eso, en Domenico Scarlatti, se plasma y se eterniza la felicidad del más feliz de los siglos cristianos, el mil setecientos.

Pero en él, no se eterniza la vida decorativa ni la vida cortesana que estamos acostumbrados a conocer como representantes ociosos y vanos de ese siglo, mas se eterniza la esencia misma de la felicidad que está más allá de todos los conflictos y todos los accidentes.

Y como es la música de la felicidad, la música de Domenico Scarlatti tiene el sello mismo de la felicidad, que es el sello aurífero de lo incorruptible. Ese es el signo de la música de este napolitano jocundo y vivaz, sorprendente y girandulesco: la incorruptibilidad. Su melodía tiene la constitución de lo no devenible, de lo no transformable, de lo no tramontable. Su armonía, suena a elemento de infinitos; su forma a belleza de fantasía. Lo infinito musical y lo bello infinito se acuerdan gozosamente, abundantemente y graciosamente en la obra de Scarlatti.

Cuando Czerny editó, en 1839, sus 200 sonatas, fué el asombro en toda Europa. Nadie podía convencerse de tanta perfección, de tanto atrevimiento y de tanta novedad. Chopin y Liszt lo estudiaron entonces, con afán, y recibieron geniales y perdurables enseñanzas.

El teclado del piano se enriquecía así, con nuevos giros antiguos, con nuevas voces de un pasado cordial y agradecido.

Y poco a poco toda la obra se fué conociendo; su fecundidad, si no igualó a la increíble de su padre, fué

prodigiosa y sus sonatas suman más de seiscientas. Su vida fué tan bella y variada como su obra y aquí también tiene un grato paralelismo con Horacio.

Viajó por casi toda Europa entre agasajos de reyes, princesas y nobles, a la par que lo rodeaba la simpatía y la cordialidad de los genios de su época, y él, con aquella misma armonía vital de Horacio, sabía estar en su lugar y en su fama. Se le antepone a Haendel como calidad y novedad de genio y su arte fué máspreciado que el del sólido sajón toruno.

Y era porque Domenico Scarlatti representaba más que nadie el alma meridional, representaba más que nadie la belleza antigua y eternamente renovada del mundo ático-romano, que guarda en sí todas las posibilidades de la fe, todas las actitudes del pensamiento y todas las profundidades de la sensibilidad.

Significaba más que nadie la espontaneidad, la sinceridad, la afectuosidad y el acuerdo entre el hombre y Dios; entre el instante que pasa y la eternidad que llega.

Por eso España lo amó tanto y fué durante veinte años el clavecinista de la corte de Madrid, mientras otro italiano, el pintor de la apoteosis y de los cielos meridionales, el último titán de una estirpe plástica sin retorno, el Tiépolo, decoraba de espacios ilusionados y esplendentes las espaciosas bóvedas de los Palacios Reales y fijaba, como Scarlatti en la música, un nuevo modo para la posteridad del sentimiento y para el hallazgo de la felicidad en la belleza de la vida. ★

Desfile

por MARIO ALBANO
para "Histonium"

Esta época, más que ninguna otra, parece haberse resuelto a obedecer las urgencias de la curiosidad del hombre. Todo cuanto hoy ocurre en el mundo —en el mundo de la materia, en el mundo del espíritu— como nunca ha llegado a ser investigado, visto del derecho y del revés, por la alerta curiosidad humana. Los muros infranqueables de muchos misterios por vez primera parecen haberse colocado tan cercanos. Y si mucho aun escapa —y debe y deberá forzosamente escapar— a la mirada hurgadora que quiere penetrar todos los vericuetos, es mucho y bastante también cuanto ha quedado apresado en la excitada retina de la curiosidad nueva.

Porque muchos telones, movidos por esa intranquilidad permanente del conocimiento, se han levantado hacia las bambalinas, en rápida sucesión, desde un "entonces" más bien alejado hasta hoy; cosas nuevas, panoramas insospechados, acontecimientos increíbles, han quedado al descubierto, llenando los ojos entre tímidos y audaces con el más trémulo asombro. La estructura íntima de las cosas, y su encadenamiento y su sistematización en todos los planos; y luego la vida del hombre en medio de esas fuerzas, su subordinación o su liberación; lo físico y lo espiritual; lo próximo y lo inasible, todo, en fin, ha parecido revestirse con el espejismo de una completa asequibilidad. La husmeante, indagadora actitud de ese empeinado curioso de pocas fuerzas y de muchos obstáculos que es el hombre, como nunca parece alegrada por los afanes que sus repetidos éxitos están satisfaciendo.

En todo el ambiente que hemos ayudado a crear, en fin, vibra un estremecimiento en el que se cruzan todos los ritmos, huérfanos de cualquier pacatura y olvidados a menudo de cualquier disciplina. Es un temblor de ideas y de instintos pocas veces experimentado, sin resonancias parecidas; un manojo fantástico de cosas y de hechos nuevos, imprevistos, fogosos, tajantes, que nos toman como espectadores, después de habernos conocido como actores, para mostrarnos la época —¿buena o mala?; digamos única— que nuestra constante curiosidad ha puesto en agitación.

Se comprueba así como esta prisa de la curiosidad, está indefectiblemente unida al fervor de sucesos que hoy acompaña a la vida;

como, en esta estrecha relación, cada éxito azuza aun más la curiosidad, y cómo ésta genera, a su vez, nuevas conquistas. Lo cierto es que se han encendido nuevas y nuevas luces en el viejo escenario sobre el cual, desde decenas de siglos se representa, modificado a cada instante, el viejo drama —quien dice comedia— humano; y si bien nuestra minúscula capacidad de profecía no alcanza para vislumbrar con certidumbre, en el futuro, el vértigo final o la feliz prosecución de esta carrera de hogaño, no parece en vez lícito no sorprenderse o desconocer la efervescencia de novedad que ha estado formándose. Aunque ¿quién lo ignora? Es tan fuerte esta curiosidad, y tan evidentes los hechos que ha agitado, que ya no es acierto la comprobación de su existencia, ni debe parecer un encampanamiento intelectual el hecho de que de ella se hable como de cosa familiar y próxima. Y ya que por todos los rincones se nos ha metido la evidencia de esta alerta inspección de la vida, es justo también que cualquier rincón —este mismo, entonces— resulte adecuado para hablar de nuestra sorpresa.